LITERATURA Y LIBROS

La Epoca

• Año IV • Nº 172
Domingo 28 de julio de 1991

- Testimonio poético de Floridor Pérez
- Relatos sobre la ausencia
- El último libro de Salman Rushdie
- Serge Pey, un poeta francés que recorre el mundo

Durante unas semanas anduvo por estos lares Mauricio Wacquez, escritor chileno radicado en España desde hace años. Sus novelas, en especial **Frente a un hombre armado**, han tenido una gran acogida crítica, aunque en Chile aún circulan secretamente. Esta crónica sobre sus impresiones del origen fue escrita especialmente para este suplemento.

Chileno en Chile

1939-

Mauricio Wacquez, Barcelona

Comprendo sin reservas a los escritores chilenos que vuelven a establecerse en el país. ¿Cómo no entender, por ejemplo, las obras "chilenas" de José Donoso de los últimos años, esa jugosa voluptuosidad de decir, oír, repetir y, sobre todo, reconocerse en un entorno lingüístico que depende del derecho y no de la gracia? Lo comprendo hasta el punto de sufrir golpes de nostalgia y de que los viajes relámpagos a fines de un verano seco y luminoso, perfumado con meses de frutas y de soles, se conviertan en una experiencia mucho más traumática y compleja que la sensación casi natural con que uno cree vivir en "otro país".

Comprendo pues la vivencia lingüística propia y el hecho de que casi todo el parque de escritores chilenos más o menos cansado se halle actualmente avecindado en Chile. Le temo, claro está, a lo que este fenómeno —la superconcentración de escritores en tan escasos kilómetros cuadrados— puede ocasionar. Desgraciadamente, durante mi estadía José Donoso estaba enfermo y Jorge Edwards de viaje. De los escritores de mi generación, Federico Schopf me anunciaba una inmortalidad tan teórica como conmovedora. Antonio Avaria, a quien vi más que en otras ocasiones pero menos de lo que hubiera deseado, estuvo a la altura de sus benevolentes propósitos y me hizo saldar una cuenta con la historia: me presentó a Claudio Giaconi. Con treinta años de retraso, un estirado jovencito parecía haberme estado esperando, inmovilizado en su difícil juventud, amable, tal vez un poco desdibujado por estos terribles años, que a él le han otorgado el lustre que un orgulloso y necesario silencio les da a los escritores que escriben sólo lo que deben, limitándose así a lo más estricto.

En fin, una estadía centrada en la familia, pero a la que se le iban sumando rostros que seguramente serán amados algún día, rostros más jóvenes pero tan creativos como fueron los escritores del 50, o nosotros, la generación desvencijada, a decir de Schopf, de la que, aparte los mencionados, recibí un guiño cariñoso de Antonio Skármeta, un informe de lo que hace Poli, noticias de Lucho Domínguez y de Carlos Ruiz Tagle, y recuerdos, tantos recuerdos, de Enrique Lihn, de Cristián Huneeus y Juan Agustín Palazuelos. Fuimos, somos, pocos, pero siempre he sentido por mi generación un insano amor corporativista, como si en este universo sin lengua en el que habito, necesitara rabiosamente una familia, unos pares en quienes reconocerme.

Las reuniones en casa de Pilar de Castro o en la que organizó Lupe Santa Cruz o Carlos Franz —un joven escritor que ha reinventado la condición del *dandy* post-huidobriano—, me permitieron reencontrar viejos amigos, tan arraigados en los años parisinos como Eugenio Dittborn o, más recientemente, Miguel Vicuña. Carlos Cerda aparecía más *empâté* pero tan joven y cordial como lo recordaba. Aparte muchos otros rostros, movedizos, opinantes, obsesionados todos por el *Informe Rettig*.

Pero como en la mayoría de los saraos chilenos, todos hablaban de todo y de todos. Eran los mismos espíritus laicos y liberales que prefieren reverenciar —y nunca olvidar— las directrices ultramontanas de Ibáñez Langlois, ni el estrellato, con menos reluz que en el pasado, de Enrique Lafourcade, odiado, desestimado, pero centro universal del comidillo, tan famoso por su lengua larga

como —siempre según sus enemigos— por su inhabilidad literaria. Uno de los momentos señalados fue la presentación de un libro de un hijo pródigo del pánico chileno, Alejandro Jodorowsky, que después de treinta años de errabundia volvió a Chile para que Lafourcade le diera su merecido en público.

De José Donoso se habla poco, como de las estrellas fijas. Así debe ser. Los jóvenes prefieren "pelar" o ensalzar a Agata Gligo, cuya belleza —puedo decirlo ahora que he leído sus libros— equipara su talento, y a Diamela Eltit, que esta vez no vi pero cuyos textos siempre me han parecido ininteligiblemente perfectos.

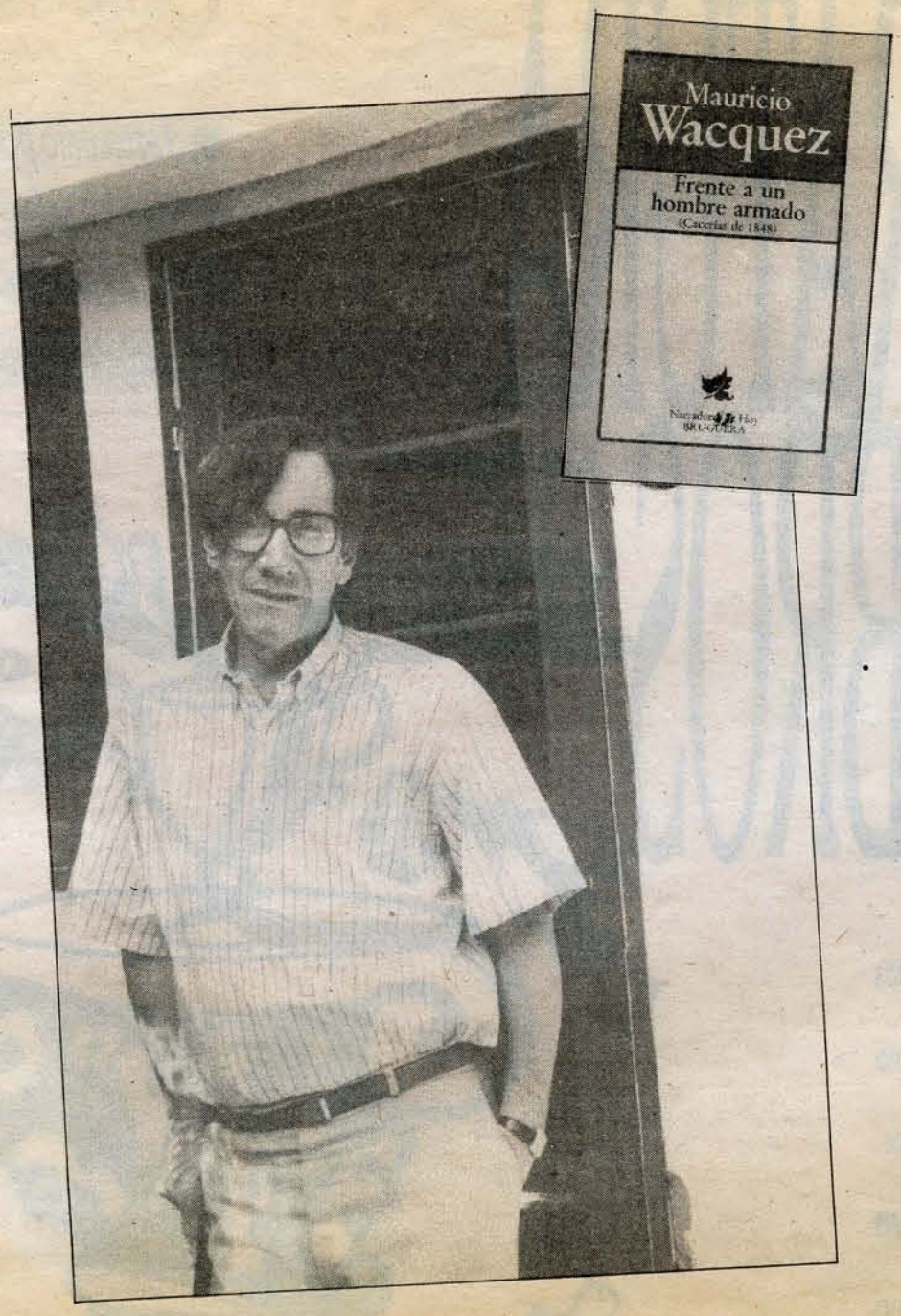
Jorge Edwards de Castro me puso al tanto de lo que pasaba, y pasaría, en el país, cosa que agrega a su condición de dueño de libros y libreros, la de acertado oráculo. Me desaconsejó ciertas relaciones que no estaban de moda y me alentó a frecuentar otras que, parece, están muy bien. Esto sucede siempre en los momentos de cambios. Y si no, que se acuerden, los que puedan, de la entrada de Luis XVIII en París en 1814.

Frente al Informe Rettig

Perdí mucho tiempo en cama con una fiebre altísima. El día que llegué, en casa de Isabel Ovalle, la doctora Larraín dictaminó que los 40 grados de fiebre se debían a un empacho de trabajo del último tiempo en Barcelona, y a la felicidad, a la perpleja ansiedad que me causaba el caer en pleno verano desde las brumas boreales. Fui despachado sin miramientos a la cama, forzosamente solo, aunque rodeado de la familia, de las nanas y de la presencia mayor y consuetudinaria de la poeta Carmen Abalos, campesina a sus horas y cuentista china, hada que sabe transmitir en deleite los momentos malos y con la que me une un romance que pronto sobrepasará los 322 años.

Y todo esto para justificar el hecho de que el día del discurso presidencial sobre el *Informe Rettig* estuviera providencialmente inmovilizado en cama, frente al televisor. Me quedé de piedra. Y no por los horrores —necesariamente mitigados debido al mal carácter de los protagonistas del *Informe*— sino porque, dada la costumbre que uno tiene de leer la prensa y de escuchar discursos, termina por entender entre líneas. Y lo que yo entendí, entre líneas o no, fue que el Presidente dijo lo máximo —en latín se dice *maius*, que es un superlativo más absoluto todavía— que podía decir. Aunque, repito, no dijo nada nuevo.

El horror, la responsabilidad, la probada inutilidad de todo aquello, los conocíamos de sobra. Lo único nuevo —y lo que debe haberles dado un susto de muerte a los cuestionados— se relacionaba con la ya promulgada y sacrosanta ley de amnistía. Lo nuevo, pues, era que por más ley de amnistía que les proteja y les permita deambular por calles y casernas, el derecho puede de todos modos encausarlos. Ya que la amnistía no implica inocencia, ni olvido, ni perdón, sino *tolerancia* social respecto de una presunta condición delictiva, tolerancia contemplada en las atribuciones soberanas y constitucionales del Jefe del Estado. Por lo tanto, lo que vino a decirnos el Presidente fue que, pese a la presunta responsabilidad ya indultada, los tribunales podían ventilar e investigar, para saber si de presuntos, los hechos imputados podían ser pasibles de condena o absolución. De esta manera, le ordenó a la judicatura que se pusiera a trabajar de inmediato, reabriendo todos los abscesos que habían sido cuidadosamente cerrados y escamoteados por los responsables.



Las reacciones fueron diversas pero, en los medios civiles, bastante unánimes. Hubo una, sí, que es mencionable por su caracter peculiar. La del ministro Retamal, ex presidente de la Corte Suprema, que reconoció la responsabilidad y la negligencia culpable de la judicatura en el ocultamiento de muchos hechos y en la connivencia del poder judicial con los delitos pasados. Es decir, que la orden presidencial a los jueces implicaba el hecho de tener que comenzar barriendo la propia casa. En pocas palabras, que, tras esa necesaria y perentoria medida de higiene personal, los jueces podían establecer las penas o inocencias que les correspondían a cada individuo sin comprometer ni vulnerar la ley de amnistía. Encerrar a una persona de por vida es menos severo que hundirlo para la eternidad en el oprobio. Y si no que lo diga la familia Vidaurre, que desde hace 150 años intenta lavar una traición política que persigue a su progenie como un infatigable sabueso.

Al escuchar el discurso del Presidente, que dictaminaba sin asco el pase a la ignominia de los que resultaran culpables después de las investigaciones judiciales, supe que algo había cambiado y que el espíritu había tocado un fondo lleno de perplejidades y promesas. Aunque nadie debe hacerse ilusiones: la justicia prueba su propia irrealidad cuando la resurrección no existe. Así y todo, el destino de los que en adelante condenen los tribunales será algo tan semejante a la venganza que parecerá una caricatura de lo justo.

Las enfervecidas conversaciones con Isabel Ovalle, con Marta Orrego y Frida Sharim sobre este asunto marcaron un momento memorable de mi estadía chilena. Afortunadamente la prudencia de Elena Hellmann y su silenciosa sabiduría nos traía un poco a la cordura y centraba nuestros hiperbólicos juicios sobre el *Informe Rettig* en una dimensión tolerable.

Pero así como estas conversaciones se desarrollaban cerca de mí, Chile entero hacía lo mismo. Era, como todo lo que se relaciona con fracturas sociales, una obsesión imposible de eludir. Yo, que me había preparado durante tanto tiempo para sabrosas conversaciones con Francisco Vallejo sobre temas menos trascendentes, no escapé de que nuestro escalpelo crítico hurgara en las llagas que necesariamente volvía a abrir el discurso del Presidente Aylwin.

Los peregrinajes

De todos modos se me acababa el tiempo. Tenía que hacer ciertos peregrinajes que conjuraran otras añoranzas. Comencé por visitar a Paulina del Río, en medio del hermosísimo campo del valle central, ese campo horizontal, rayado de acequias y alamedas, en el que todavía duermen restos, afortunadamente poco importantes, de feudalismo. La figura del antiguo terrateniente casi ha desaparecido o se ha minimizado hasta adquirir perfiles francamente soportables. Al menos puede decirse que las reformas agrarias de los años 1962-1972 hicieron aparecer el minifundio, un fenómeno agrícola que antes no existía en el Chile central.

Paulina del Río se ha arreglado una hermosísima casa de inquilinos en La Estacada y se le ve tan feliz y serena que parece haber alcanzado la imperturbabilidad. Sus hijos, esos sobrinos recalcitrantes al francés de los años 70, son ahora espléndidos adultos que parecen saber lo que quieren y rodean a su madre de una compañía tan natural como el andar o el respirar. Paulina se mueve en el campo como pez en el agua, contrasta un poco con su hermana Teresa, que posee una hijuela vecina, donde está la parte colonial —la más hermosa— de las casas de la antigua hacienda. Teresa puede mostrarse sucesivamente como una contadina, experta en frutales, o una desmañada Ninon de Lenclos. A ella me une una secreta y nunca bien aclarada pasión por la inteligencia de José Donoso.

En su casa, por la tarde, resurgió de las brumas del pasado Sofía Izquierdo, uno de esos fantasmas afectivos que lo son a fuerza de laterales. Su estupenda edad no le impide seguir hablando, opinando y arreglando todo lo mal hecho en el mundo. Hablamos de arpas y arpistas, en un comedor espléndido, donde Tere ocupaba un sitial a contraluz de las siluetas verdes y oro del parque y Amparo Claro comentaba que aquel aro en casa de Tere era una de las tantas postas que doña Catalina de los Ríos —que no del Río— hubiera hecho si —como ellas— se hubiera hallado en viaje a las Termas de Cauquenes. Para allá iban y yo me preparaba para seguir al día siguiente a la laguna del Maule, paraíso lunar a tres mil metros de altura que no desaira ni al más ambicioso pescador de truchas.

De todos modos, el tiempo se agotaba. Ustedes dirán: éste no paró mientras estuvo en Chile. Por el contrario: traté de descansar, de borrar las grandes preguntas con el rumor del Maipo bajo la casa de Carmen Abalos y los pisco-sours que la angelicalmente redundante Angélica Meier preparaba y bebíamos bajo los árboles del jardín. Puedo decir que en medio de la inmensa felicidad de estar en Chile, aquellos fueron los menos desdeñables. Entre mi reconcomida preocupación por la enfermedad de José Donoso se precisaban momentos inimaginables.

Durante un corto viaje a la costa, llevado en volandas por mis amigas, volvía a reencontrar el mar. No la mar océano sino el amable mar de la infancia, de Pichilemu, de Cochoa, de Zapallar. Extraño mar cuando se lo recuerda desde Europa, tan lleno de pingüinos, leones marinos y focas. Unas fugaces partidas de pesca en Horcón me permitieron recuperar ese lugar único y constatar que las sierras todavía no habían desertado por las aguas chilenas.

La mirada de Angélica Meier parecía incrédula ante el hecho de que mi amistad con Carmen fuera centenaria, preguntándose quizás si todos los ademanes que nos unían eran algo más que la sencilla expresión del amor. Yo creo que sí, que no pasaban de ser eso: sencillo amor, como el que une a Pepe y María Pilar, a Pilarcita y Natalia, a mi familia y a mi madre, cuyos lozanos 90 años fueron la causa primera de mi viaje, venerable doña, testigo de todo este siglo nuestro, que, como buena profesora, me enseñó a leer y me empujó a esta irrelevante labor de escriba.

Bueno, basta de cháchara. El balance del viaje ha sido deslumbrante y descorazonador. Por un lado, lo dicho. Por otro, el espectáculo casi indecente de ver que Chile sigue en poder de los mercaderes, invasores de un templo que ha reemplazado el valor del trabajo por el de la especulación. Hasta en el extranjero se habla de la boyante situación económica chilena. La verdad es que —más allá de que esto sea cierto—, el hombre que trabaja —motor como siempre de esa supuesta opulencia— padece de una absoluta indefensión sanitaria, educativa y existencial. Un capitalismo salvaje propiciado por jóvenes y entusiastas economistas desde el Estado ha dado lugar a que éste se inhiba de deberes tutelares que durante muchas décadas fueron sacrosantos en Chile: derecho a la educación gratuita y a la sanidad —buena o mala—, conquistas sociales que sólo el antojo de la fuerza pudo abolir. Hora es pues de restaurar el orden, no sólo político, que ya se ha hecho, sino también el social, único clamor inteligible que destempla la orgullosa complacencia del cambio. ■